

VOLADOS

VOLADOS LITERATURA EXPRÉS NO. 2

Consejo editorial: Manuel Yglesias Mora / Kyra Kellawan

Dirección: San José, de Matute Gómez 100 Sur, 75 este,
oficinas de Mora, Yglesias y Asociados

Ciudad y país de publicación: San José, Costa Rica

Diseño y diagramación: Elin Lindecrantz

Ilustración de portada: Fabrizio Durán

Más información: www.fundacionleamos.org
[Facebook.com/leamosvolados](https://www.facebook.com/leamosvolados)
Instagram: @leamosvolados



LONCHO Y LA CUNETA

Pasé a recoger a Loncho una tarde. Me dijo:

- Vámonos a ver el atardecer ahí por Santa Ana arriba, por ese tajo, adonde la montaña está abierta, despedazada por el progreso y demás.

Loncho era este carajillo que vestía pantalones cortos, con pelo largo y amarrado con una cola de caballo, tenía una mandíbula enorme. Me lo imaginaba de niño, caminando por la escuela, con una lonchera enorme y sus perennes pantalones cortos, tal vez por eso le decían Loncho, por ese loncherón que andaba en la escuela. Pasamos a recoger a un amigo de él que vivía en el centro de Santa Ana. Resultó ser un muchacho pequeño que no decía mucho. Se presentó como Randall. Este procedió a sentarse en el asiento que daba detrás del asiento de copiloto. Al no encontrar mucho de qué conversar puse a sonar Philip Glass, una de sus grandes obras, Einstein on the Beach empezó a salir por los parlantes del "bichillo".

La música parecía poner nervioso a Loncho, el cuál abrió la ventana y procedió a encenderse un cigarro. Este movía su gran quijada de un lado para el otro y tenía la mirada

perdida hacia algún punto vacío. No entendía cómo a veces la gente no tiene nada de que conversar. ¿Qué será, que no hay nada que compartir? Si somos seres sociales, se puede conversar de lo que sea, cuando sea.

Nunca me ha sido suficiente tener a un ser humano al lado mío sin poder saber de adonde ha venido, hacía adonde se dirige, qué ideas tiene en su cabeza y por qué es como es. El ser humano al nacer es como un lienzo vacío, completamente carente de colores, son las interacciones con los demás y las sucesivas experiencias lo que lo van formando, sus ideas, sus pensamientos, perjuicios y personalidad. En ese preciso momento quise saber sobre ellos, sin embargo me los encontré tan herméticos como la bóveda de un banco.

Íbamos subiendo esa montaña, llena de curvas, con la música a más no poder. Quería llegar a la cima lo más rápido posible, para poder ver lo que quedaba del atardecer, la situación se convirtió en algo de vida o muerte. Sentía que no podía estar más en este silencio tan extraño con estos dos individuos que estaban en mi carro. Lo único que quería era estacionar mi carro en la cima y, al tener enfrente mío la vista de todo

Santa Ana, pegar un alarido que me hiciera sacar toda esa frustración y energía que estaba contenida en mi alma. Randall me pidió el encendedor para encenderse un tabaco y ahí fue cuando me distraje. Hice contacto visual con él mientras le entregaba el encendedor y ahí fue cuando sucedió.

Perdí el control del bichillo y se me fue entre una cuneta a toda velocidad. Todo sucedió demasiado rápido. Creo que Loncho y Randall no se dieron cuenta de lo que estaba sucediendo. Sonó como un relámpago. El carro de repente paró de moverse y abrí los ojos. Veo a Loncho todavía con el cigarro en la boca y este me dijo:

- ¿Diay huevón, se distrajo? Abrí y cerré mis ojos de nuevo para ver si todo lo que estaba sucediendo era realidad. No le respondí ante semejante pregunta y vi hacia el asiento trasero. A Randall le caía una pequeña cascada de sangre por la frente. Había pegado contra el asiento de copiloto.

- Huevón, ¿estás bien? - le pregunté.

Lo noté un poco extrañado y más o menos en un estado de trance, mientras Loncho me preguntó que qué había pasado.

- Diay no sé, estaba pasándote el encendedor cuando perdí noción de la calle - le contesté.

Nos bajamos de mi carro a inspeccionar los daños. La llanta fronteriza izquierda del bichillo estaba despedazada.

- Randall, tenemos que limpiarte esa herida - dijo Loncho.

Me puse a buscar algo con que limpiarle la herida a este carajo, parecía como si fuera mudo, no decía ni una sola palabra. Lo único que encontré fue una pacha de guaro que llevaba varias semanas debajo de los asientos de mi carro, había sido calentada y recalentada por el calor que acumulaba mi carro en este país tropical. Al sacarla los dos me dijeron que si estaba loco, que con eso más bien lo que iría a lograr sería infeccionarle la herida.

- Esto tiene alcohol, sirve para desinfectarle un poco - les dije. Encontré una camisa en la joroba. La había dejado el Perro 'e Cal hacía unos meses. La empapé con guaro.

- Venga para acá - le dije. No quería que le limpiara la herida. "No tengo razones para hacerle daño, huevón" pensé.

- Mae, tiene razón Rudy- dijo Loncho.

Los dejé dos horas después en la Cruz Roja de Santa Ana. Me enteré unos días después que le habían hecho unas tres puntadas en la frente. Loncho de repente paró de contestar mis llamadas. Nunca más lo volví a ver.